

NARRATIVAS DEL YO

“Nadie dijo nada...” Carlos Pezoa Véliz

Considerando que su nombre parece bastante explícito, es posible que todos tengamos alguna idea de lo que son las Narrativas del Yo o al menos con ese nombre así explícito imaginar de lo qué trata, o intuirlo, aunque esto sólo sea de manera superficial. No obstante, si profundizamos nos podremos dar cuenta de que tras Narrativas del Yo hay bastante para analizar y descubrir detalles de real interés, pudiendo ser ellos, como veremos, materia de ricos análisis y discusiones.

Empezaremos diciendo que las Narrativas del Yo son algo que siempre ha existido, sólo que ahora y de manera bastante reciente se ha acentuado el interés por la creación, la investigación de crónicas, testimonios, diarios, autoficciones, biografías, que se enmarcan en ella, y comienzan por esto a realizarse congresos considerándose a estos géneros y subgéneros como dentro de esta categoría de narrativa o poética, algunos de los cuales en términos de interés, comparándolos con la ficción más pura y siempre en la división más típica que se hace de “ficción o no ficción”, tal vez no hayan sido suficientemente valorados, destacando de manera paradójica que entre ellos también hay ficción, y que en lo considerado como ficción, suele haber también no ficción.

De hecho, la Dra. Diana Pifano, docente de literatura latinoamericana de la Universidad de Dalhousie, Canadá, nos dice respecto de las narrativas y poéticas del yo: *“Es un concepto bastante amplio. Se caracteriza por el punto de vista del enunciadore que mira hacia adentro y habla del yo como un ser alternativo o paralelo y, muchas veces, ficcional”*¹.

Respecto al *abstract* que anuncia el marco de este panel, este nos sugiere una inquietud teórica interesante: ¿de qué tipo es el yo que emerge de la escritura? ¿Es un yo que reconstruye o que interpreta? Asimismo, destaca que en este tipo de narrativa se han podido establecer algunas subcategorías, como el texto autobiográfico, el relato testimonial, entre otras. Sin de plano intentar responder a estas interrogantes, concordando ampliamente con la doctora Diana Pifano, haría notar que nadie, creo, se propone un día cualquiera sentarse a escribir algo que pueda terminar considerándose dentro de las Narrativas del Yo, sino más bien, tras terminada la obra, habrá quienes puedan encuadrarla en ella o el mismo autor note que en ella le corresponde estar, destacando que en principio, ante la idea de escribir una ficción o una vivencia, escogido un punto de vista y un tipo

¹ <https://puntoedu.pucp.edu.pe/comunidad-pucp/conoce-las-narrativas-y-poeticas-del-yo-con-especialistas-nacionales-e-internacionales/>

de hablante, el yo, que en general emerge, independiente del tipo de narrativa, resulta de comienzo ser generalmente el de quien escribe, quien en su mirada hacia lo interno habla de algo testimonial o ficcional, o de una combinación de esto, o hace una crónica o un testimonio, lo hará sin necesariamente reconocer que estará hablando de terceros, pero también de sí mismo y que dentro de lo que escribe irá su visión de mundo y las vivencias que lo han marcado, las que de manera soterrada o abierta ahí estarán y estarán con sus creencias y valores, respaldando con esto a la doctora Pifano que pregunta y se pregunta “*cuando escribo yo, ¿hablo de mí?*”.

Respaldando aún más a la doctora, agregaría que a medida que la trama se desarrolla creando el arco del personaje principal y resolviendo su conflicto, ese Yo con sus valores y su mirada de mundo, se irá construyendo y reconstruyendo y además reinterpretándose, así como cuestionando y reconsiderando sus valores y sus creencias, surgiendo “Yos” que se transforman y creencias que modulan, logrando que la trama se desarrolle según la ruta que el conflicto adquiera, considerando que los conflictos cuando son de calidad deben hacer cambiar la mirada de mundo de los protagonistas transformándolos. Esto es así, aún en el relato testimonial, fuertemente enmarcado en las Narrativas del Yo, el cual vendría a ser una de mis “especialidades”, donde se intenta que haya objetividad sin reconstruir ni reinterpretar. Este es un aspecto, difícil de conseguir y si se consigue es gracias a un enorme esfuerzo. Es que no es fácil, por ejemplo, contar la vida de quienes no tuvieron la suerte de los que pudimos sobrevivir a la dictadura, esto por dos motivos importantes: temor a desvirtuarlos, o porque se pueda molestar a sus deudos².

En cuanto a la autoficción y al texto autobiográfico, el yo que en mi escritura emerge resulta generalmente ser ficticio, pero parecido a mí, aunque es un “mi” reconstruido donde mi vida, mis vivencias y mis valores surgen entre lo que escribo, siendo ello bastante evidente, y surgen, aunque por lo general esa mirada interna que me es propia, va en función de terceros que son en realidad a quienes estoy narrando o dando de ellos testimonio. En otras palabras, me es difícil separar el que soy del ser al cual estoy narrando, surgiendo un yo que se podría considerar alternativo.

Daré a conocer una ficción súbita que escribí hace algunos años, la que me parece iluminará bastante lo que estoy planteando, se llama “*La española de ingeniería eléctrica*”³, está dedicada a

² En <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/> se podrá encontrar una enorme cantidad de testimonios de personas que fueron hechas desaparecer o fueron asesinadas durante la dictadura.

³ “*La española de ingeniería eléctrica*”, fue premiada en el concurso “*Tenemos cuento, la Universidad de Santiago en 140 palabras*”, y publicada por primera vez en Revista La Estaca, 2019. Hoy, el jardín infantil más importante de la Universidad de Santiago lleva el nombre de Michelle Peña Herreros. La ficción súbita, La

Michelle Peña Herreros, una estudiante de esa carrera de la Universidad de Santiago de Chile. Dice así:

EN LA ESCUELA DE INGENIERÍA DE CALLE ECUADOR, había personas del norte y del sur, nativos y emigrantes, aunque desafortunadamente, muy pocas mujeres. Una de ellas Michelle Peña, bella e inteligente, era codiciada por todos. No nos hacía mucho caso, nos consideraba sólo sus amigos, pese a eso respetándola no cesábamos de insistir, es que no habríamos sido hombres si ese insistir nuestro se hubiera terminado.

Que tenía a alguien de otra parte, nos decía, pero vinimos a creérselo sólo el día en que sonriendo nos contó que estaba embarazada. Sin embargo no hubo drama. Por el contrario, pasó a ser desde entonces aún más querida, y cómo no, si de hecho todos deseábamos haber sido los padres de ese hijo que esperaba y que la tenía con los ojos brillando. Más aún cuando éste empezó a moverse y ella nos permitía poner oído en su vientre para sentirlo.

Un día no apareció, teníamos prueba. Se ganó el primer uno de su carrera, pero ella de eso no llegó a enterarse, porque bueno, para qué repetir cosas que ya se conocen. Cayó, como tantos, prisionera, su madre que venía de la guerra civil de España no se ha cansado de buscarla, y de buscar también a ese nieto del que habría sido su abuela, pero a quien nunca conoció.

En este breve cuento testimonial, premiado por la Universidad de Santiago, se notan varias de las características que la Dra. Diana Pifano nos dice de la Narrativa del Yo: el punto de vista es de alguien que mira hacia adentro sacando de sí mismo un recuerdo, y cuenta hablando desde el yo en primera persona como si el yo fuera un ser múltiple, esto es, “un conjunto de estudiantes que piensan, aman y actúan de la misma manera”, sin embargo este ser múltiple que piensa igual y actúa igual, no es ni son los protagonistas. La protagonista, que es quien verdaderamente está siendo narrada es una resistente que la dictadura hizo desaparecer.

Respecto a la última característica planteada por la doctora, “siendo muchas veces, ficcional”, se preguntarán qué es aquí lo ficcional o que es testimonio duro, y lo diré. Efectivamente, Michelle Peña Herreros estudiaba ingeniería eléctrica en la USACH y era muy querida por sus compañeros. Quedó embarazada de una pareja que cae con ella y cuando caen ella estaba cercana al tiempo de parir. Desafortunadamente, fueron apresados y ambos permanecen hasta hoy como “detenidos desaparecidos”, estado del que ya podemos asegurar que difícilmente tendrá cambios y

permanecerá así para siempre. También está desaparecida su guagua que se piensa fue robada tras el parto en el Hospital de la FACH, último lugar donde Michelle fue vista. Respecto a la madre de Michelle que estaba refugiada en el sur de Francia donde nació Michelle su hija, pudo venir a vivir a Chile con ella muy pequeña en el barco Winnipeg. Finalmente, es testimonio absoluto el que la abuela buscó a su nieto desaparecido hasta que la llamó la muerte.

¿Y qué es ficción aquí? Es ficción que el escritor narrando desde el yo haya sido testigo de esto. De hecho este narrador nunca coincidió en la universidad con Michelle Peña, por lo tanto no perteneció al grupo de estudiantes que tanto la admiraba, siendo tal vez por lo demás ficción el comportamiento de ellos a quienes tal vez nunca Michelle permitió que pusieran el oído en su vientre, además tal vez no todos la admiraban. Todo esto nace de la imaginación del escritor quien creó esto para homenajearla y expresar además sus deseos de haber ahí estado en esos días con ella.

Traigo hasta acá ahora al bello poema de Carlos Pezoa Véliz “Nada”, el cual conocí siendo escolar en el libro de lectura para liceos de César Bunster “El niño Chileno”, destacando que Nicanor Parra lo consideró como “*un poema total*”. Este poema me parece también un buen ejemplo de esto que hoy llamamos Narrativa del Yo.

Era un pobre diablo que siempre venía cerca de un gran pueblo donde yo vivía / joven rubio y flaco, sucio y mal vestido, siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido! / Un día de invierno lo encontramos muerto dentro de un arroyo próximo a mi huerto, varios cazadores que con sus lebreles cantando marchaban... / Entre sus papeles no encontraron nada... / los jueces de turno hicieron preguntas al guardián nocturno: / éste no sabía nada del extinto: ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto. / Una chica dijo que sería un loco o algún vagabundo que comía poco, / y un chusco que oía las conversaciones se tentó de risa... / ¡Vaya unos simplones! / Una paletada le echó el panteonero; luego lio un cigarro; se caló el sombrero y emprendió la vuelta... / Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada...

Pezoa Véliz, nos habla en este poema de su nostalgia por un terruño que nadie sabe si realmente existe, lo que no parece importante, aunque sí es importante entender que narra una profunda tristeza desde su recuerdo, esto es, desde dentro de sí, siendo su forma la de una corta biografía de un mendigo. Habría que preguntarse si en la realidad existió tal mendigo o si Carlos Pezoa Véliz lo imaginó y ficcionó esta biografía sobre él. De esta manera, analizando si sólo lo imaginó o si sólo le atribuyó a este mendigo una historia, ésta ya no sería una “corta biografía”, sino ficción. Pero de todo lo más importante sería preguntarse si no será que Pezoa Véliz se autonarra en una mirada

hacia su interno reinterpretándose, y si acaso la persona que él narra contando su historia no es él mismo mirándose hacia adentro. Acaso, me pregunto finalmente, si tal vez Pezoa Véliz temía morir y ser enterrado sin más público que unos cuantos transeúntes y sin que nadie atinara a decir para él una palabra, es decir “nada”.

Y un último ejemplo. Este cuento testimonial se llama “*Matar un ruiseñor*”⁴, lo dediqué a María Cristina López Stewart, estudiante de Historia del Pedagógico de la Universidad de Chile.

CAMINÉ OTRA VEZ POR LA VEREDA DE OTOÑO, la misma por la que fui alguna vez en esa primavera antigua que para nosotros resultara tan cruel. Esta vez iba a encontrarme con unos amigos con quienes armaríamos un cuento que nos ayudaría a ganarnos la existencia, en esa otra, en la de la primavera que hoy recuerdo, me era necesario apurar el paso porque debía encontrarme con una compañera, aunque solo cruzaría frente a ella simulando no conocerla. Hablo de una muchacha que admiré siempre por su entrega y por su tremendo coraje, y que esa vez la tendría solo que rozar de manera disimulada para recibir de ella un paquete de esos que llamábamos “barretín”.

Distinto al día de hoy en que sólo debía apurarme para llegar a la hora convenida, aunque si me atrasaba nada grave iba a pasar. En esa otra vez, de atrasarme, María Cristina pasaría sin encontrarse conmigo y se angustiaría inútilmente, además nosotros nos quedaríamos sin el barretín que nos habían preparado con lo que se esperaba que hiciéramos para la resistencia durante los próximos días.

Como hoy no tenía esa premura quise caminar desde Providencia a paso muy lento para así disfrutar con la vista de los jardines y las fachadas magníficas de esas casas que conservan todavía la elegancia del que fue un barrio de pudientes.

Y como ese era un barrio de pudientes donde nada se sabía de pobreza, en aquella otra vez lejana mi compañera me había planchado una camisa blanca y había escogido también para mí la corbata que hiciera mejor juego con la chaqueta azul oscuro de paño y unos pantalones grises que ella misma me había comprado previéndome que vestirnos bien pronto iba a ser indispensable.

Pero hoy no. Hoy iba con chaleco y bufanda y unos bototos que en nada se parecían a los zapatos de gamuza que esa vez debí ponerme y que tendría que usar cada vez que tuviera

^[4] “*Matar un ruiseñor*”, inspirado en la novela del mismo nombre de Harper Lee, se puede encontrar en <https://www.martinfraunes.com/matarunruisenor.html> Se trata de un cuento testimonial que ya había sido publicado en plena dictadura en <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/matarunruisenor.html> y hoy está incluido entre los cuentos del libro “Un lápiz de pasta marca Bic” (M. Faunes, Cuarto Propio, 2013).

que ir a la calle Santa Beatriz a encontrarme, así como de casualidad, con María Cristina, la del barretín con nuestro quehacer y con algunos billetes con que sobreviviríamos por otros siete días.

Y claro, esa vez no pude detenerme a mirar las fachadas elegantes con ventanas y puertas de vitrales ni tampoco los rosales ni las camelias que en esos jardines competían en belleza por fea y gris que fuera la primavera de que hablo.

Hoy otoño, ayer primavera. Hoy otoño sin lluvia, ayer primavera de días sin sol. Todo cambió cuando la divisé a lo lejos, su cabello relampagueaba. Si parece que fue ayer: ella venía, así como yo, caracterizada como hija de ese barrio de familias elegantes, aunque a María Cristina con su belleza se la veía aún más elegante que todas esas personas que vivían en Santa Beatriz, barrio de Providencia. Es que su elegancia era apenas accesoria de la belleza intrínseca que ella poseía que es la que emerge de los corazones nobles, de los corazones solidarios.

Hoy ese barrio no es como el que era, aún hay belleza, cierto, además en mi cabeza intento verlo tan bello como cuando María Cristina me pasó disimulada el encargo y me sonrió. No debió sonreírme, no estaba en el protocolo, no obstante, me sonrió y yo no pude contenerme para no contestar a su sonrisa. Le sonreí entonces y continué mi camino hacia la Costanera simulando ser el elegante que no era y, aunque tampoco debía, tras unos cuantos pasos me di vuelta para verla perderse hacia Providencia con esa imagen de muchacha dulce que se me quedó grabada en algún lugar del corazón o del cerebro.

Esa vez, concentrado de nuevo en mi camino, guardé el barretín en el forro de la chaqueta mientras pensaba que ese ruiseñor que ella era no estaba para los trinos que todos le conocíamos, pero vendrían días mejores, estaba seguro. Apuré el paso para llegar antes de que cayera la noche allá donde mi compañera me esperaba y donde vendrían después los compañeros a enterarse del quehacer. Además, no debía demorarme porque las noches de esa primavera oscura se llenaban de alimañas.

Lo demás es algo que ya saben así que no veo para qué tendría que contarlo: volví a Santa Beatriz caminando desde Providencia así elegante como en las semanas anteriores, pero María Cristina López Stewart no apareció ni aparecería. Solo dejó para mí la imagen con que alguna vez adornó esa calle de Providencia que hoy recorro triste, pero sin prisa. Habían asesinado a un ruiseñor.

En este testimonio que se podría considerar también como una suerte de crónica, se notan todas las características que la Dra. Pifano nos dice de las Narrativas del Yo: es un testimonio donde como en el caso anterior, el punto de vista es de alguien que mira hacia sus recuerdos y narra en base a ellos, aunque en esta narración el yo no es uno múltiple como en el caso del primer cuento, tampoco

un yo paralelo. Es un yo fuertemente relacionado con el hablante, por lo tanto, tiene características de autobiografía que es una de las categorías que enmarcan las Narrativas del Yo.

Se trata entonces de una autobiografía que, si bien permite mostrar aspectos de la vida del yo hablante que sería el del mismo autor, está escrita para contar no la historia de éste, sino, como en el primer caso, la de otra resistente a la dictadura que fue detenida y que como en el primer testimonio continúa desaparecida, habiendo sido presumiblemente asesinada.

¿Y qué es aquí ficción?, se preguntarán. La sólida respuesta, parafraseando a Pezoa Véliz: *“Nada”*. Este es un testimonio absolutamente genuino, sin embargo, afirmo que de alguna manera *“cuando escribo yo, hablo de mí”*.

MARTÍN FAUNES AMIGO, Octubre 2022.

María Cristina López Stewart, heroína de la resistencia contra la dictadura de Pinochet, ex alumna del Liceo Siete de Providencia y estudiante de Historia del Pedagógico de la Universidad de Chile tenía 21 años cuando fue detenida en septiembre de 1974 en el marco de una ofensiva de la DINA para desbaratar el trabajo que el MIR realizaba en el campo de la inteligencia y las telecomunicaciones. La joven estudiante de apenas 1,60 de estatura, dirigía el trabajo de esa estructura especializada y resistió la tortura de los esbirros de la DINA en la casa de José Domingo Cañas protegiendo a sus compañeros y a la red conformada para desarrollar la tarea considerada de importancia estratégica por esa organización política. Aún, cuando el resto de la unidad estaba integrada por profesionales de la ingeniería, María Cristina “la Chica”, había sabido ganarse su respeto y admiración. Luego de ser detenida la tarea fue encabezada por Alejandro de la Barra Villarroel, ejecutado ese mismo año por la DINA junto a su compañera la cientista político, profesora y actriz Ana María Puga Rojas (Lucía Sepúlveda, Memoria MIR).